

# ITALO CALVINO

---

LA HORMIGA ARGENTINA



«Cuando vinimos a instalarnos no sabíamos nada de las hormigas [...] ¿cómo podíamos imaginar la historia de las hormigas?».

*La hormiga argentina* es un relato publicado en 1952, que el propio Italo Calvino sitúa junto a *La nube de smog* por una afinidad estructural y moral. Aquí el «dolor de vivir» proviene de la naturaleza: las hormigas que infestan la costa de Liguria, pero es semejante la actitud de modesto estoicismo del personaje central, quien no acepta ninguno de los modelos de comportamiento que se le proponen para hacer frente a la plaga de hormigas que invade su casa.

Uno de los más logrados relatos de Calvino, en el que el más estricto realismo se transmuta repentinamente en la fantasía más desatada.

Cuando vinimos a instalarnos no sabíamos nada de las hormigas. Nos parecía que estaríamos bien, el cielo y el verde eran alegres, tal vez demasiado alegres para las preocupaciones que teníamos mi mujer y yo; ¿cómo podíamos imaginar la historia de las hormigas? Pensándolo bien, el tío Augusto quizá nos había dicho algo en alguna ocasión: «Allá, tendríais que ver, las hormigas... no como aquí, las hormigas...», pero era una divagación dentro de otro tema, una cosa dicha sin darle importancia, tal vez a propósito de las hormigas que habíamos visto mientras hablábamos, qué digo: ¿hormigas?, habríamos visto una hormiga perdida, una de esas hormigas nuestras, gordas (ahora me parecen gordas las hormigas de mi tierra), y de todos modos lo insinuado por el tío Augusto no modificaba en nada la descripción que nos estaba haciendo de esta región, donde la vida, por alguna circunstancia que él no sabía explicar bien, era más fácil, y la ganancia, si no segura, por lo menos probable, a juzgar por tantos, no por él, el tío Augusto, que se habían instalado allí.

Por qué se había sentido bien, aquí, nuestro tío, empezamos a intuirlo desde la primera noche, al ver la claridad del aire después de la cena y comprender el placer de dar vueltas por aquellas calles para salir al campo, de sentarse en el pretil de un puente como vimos que hacían algunos, y todavía más cuando encontramos una fonda donde él solía ir, con un huerto atrás, y unos tipos viejos y de estatura escasa, como él, pero fanfarrones y vocingleros, que decían que habían sido amigos suyos, gentes sin oficio, como él, creo, jornaleros por horas, aunque uno dijo, tal vez por jac-

tarse, que era relojero; y oímos que recordaban al tío Augusto por un sobrenombre, repetido por todos y seguido de carcajadas generales, y observamos la risa forzada de una mujer tampoco demasiado joven y un poco gorda, que estaba en el mostrador, con una blusa blanca calada. Y yo y mi mujer comprendimos cuánto debía contar todo eso para el tío Augusto, tener un sobrenombre, noches claras en que se bromeaba paseando por los puentes, y ver aquella blusa calada que aparecía viniendo de la cocina, salía al huerto, y al día siguiente unas horas descargando sacos para la fábrica de pastas y cómo allá, en nuestra tierra, él siempre añoraba esto.

Todo lo que yo también hubiera podido apreciar, de haber sido joven y sin preocupaciones, o bien de estar instalado con toda la familia. Pero en nuestra situación, con el niño apenas curado, buscando trabajo, casi no podíamos darnos cuenta de esas cosas que le habían bastado al tío Augusto para declararse contento, y tal vez comprenderlo era ya una tristeza porque entre gentes alegres parecíamos todavía más infelices. Ciertos problemas a lo mejor insignificantes nos preocupaban como si aumentaran de pronto nuestras angustias (y no sabíamos nada de las hormigas en ese momento) y la señora Mauro con todas las recomendaciones que nos hacía al mostrarnos la casa aumentaba nuestra impresión de que nos internábamos en un mar borrascoso. Recuerdo su largo discurso sobre el contador del gas, y con qué atención lo escuchábamos:

—Sí, señora Mauro... Tendremos cuidado, señora Mauro... Esperemos que no, señora Mauro... —tanto que ni siquiera hicimos caso cuando (pero ahora lo recordamos claramente) empezó a deslizar los ojos por la pared como si leyera y pasó la punta de los dedos y después los sacudió como si hubiese tocado agua, o arena, o polvo. Pero no pronunció la palabra «hormigas», estamos seguros; tal vez porque era natural que allí hubiese hormigas, así como había paredes, un techo, pero a mi mujer y a mí nos quedó la

impresión de que había querido ocultarlo hasta el final, y que todas sus frases y recomendaciones eran para tratar de dar importancia a otras cosas que taparan aquélla.

Cuando la señora Mauro se marchó, metí los colchones y mi mujer no conseguía transportar la mesita de noche, y me llamaba, y después quiso empezar enseguida a limpiar la cocina económica y se arrodilló en el suelo, pero yo le dije:

—A esta hora, ¿qué vas a hacer? Mañana veremos, ahora arreglémonos de cualquier manera para pasar la noche. —El niño lloriqueaba muerto de sueño, y antes que nada había que prepararle la cesta y acostarlo.

En mi tierra, para los niños, usamos una canasta alargada, y la habíamos traído; la vaciamos de la ropa blanca con que la habíamos llenado y encontramos un buen sitio para apoyarla, una consola, en un lugar que no era ni húmedo ni demasiado alto, por si se caía. Nuestro hijo se durmió enseguida y los dos miramos la casa (una habitación dividida en dos por un tabique; cuatro paredes y un techo) que se iba llenando de nuestra presencia.

—Sí, sí, de blanco, le daremos una mano de blanco — contesté a mi mujer mirando el cielo raso mientras la empujaba por un codo hacia fuera. Ella quería mirar bien otra vez el cuchitril del retrete, a la izquierda, pero yo tenía ganas de dar con ella una vuelta por el terreno; porque nuestra casa estaba en un terreno, dos grandes canteros o almacígos baldíos con un sendero en el medio, cubierto de un arazón de hierro, ahora desnudo, tal vez por haberse secado alguna planta trepadora, una calabaza o una vid.

La señora Mauro tenía intención de darme ese terreno para que cultiváramos nuestro huerto, sin pedir ningún alquiler pues hacía tiempo que estaba abandonado; pero hoy no nos había hablado del tema y nosotros no dijimos nada porque ya teníamos demasiado en qué pensar. Andando así por el terreno, la primera noche queríamos convencernos de que habíamos llegado a tomar confianza y

también, en cierto sentido, posesión del lugar; por primera vez era posible la idea de una continuidad en nuestra vida, de noches, una tras otra, cada vez menos angustiosas, en las que recorreríamos los almácigos. Estas cosas, naturalmente, no se las dije a mi mujer; pero estaba ansioso por ver si ella también las sentía, y en realidad me pareció que los pocos pasos que dimos tuvieron en ella el efecto que yo esperaba; ahora razonaba en voz baja, con largas pausas, y caminábamos del brazo sin que ella rechazara ese gesto propio de tiempos más prósperos.

Así llegamos al límite del terreno, y al otro lado del seto vimos al señor Reginaudo dando vueltas alrededor de su casa muy atareado con un pulverizador. Yo había conocido al señor Reginaudo unos meses atrás, cuando fui a ponerme de acuerdo con la señora Mauro sobre la casa. Nos acercamos para saludarlo y para que conociera a mi mujer.

—Buenas noches, señor Reginaudo —le dije—, ¿se acuerda de mí?

—Ah, sí que lo reconozco —dijo—. ¡Buenas noches! ¿Así que es vecino nuestro? —Era un señor bajo y gafudo, con pijama y sombrero de paja.

—Eh, sí, somos vecinos, y entre vecinos...

Mi mujer empezó a decir frases sonrientes e inconclusas, como suele hacerse por cortesía; hacía tiempo que no la oía hablar así; no es que me gustara, pero me ponía más contento que oír la quejarse.

—¡Claudia —llamó nuestro vecino—, ven, son los nuevos inquilinos de la casa de los Laureri! —Nunca había oído llamar con ese nombre nuestra nueva casa (el nombre, lo supe después, de un antiguo propietario) y me sentí un poco como si me consideraran un extraño. Salió de la casa la señora Reginaudo, una mujerona, secándose las manos en el mandil; eran gentes sencillas y con nosotros fueron bastante cordiales.

—¿Y qué anda haciendo con ese vaporizador, señor Reginaudo? —le pregunté.

—Eh... las hormigas... estas hormigas... —dijo, y se rió, como no dándole importancia.

—Hormigas, ¿eh? —repitió mi mujer con ese tono neutro y cortés que empleaba con los extraños para fingir que prestaba atención a sus palabras; un tono que conmigo no empleó nunca, que yo recuerde, ni siquiera cuando apenas nos conocíamos.

Nos despedimos de los vecinos con mucha ceremonia. Pero esto era también algo que no conseguíamos disfrutar de verdad: tener vecinos, y además, gente afable y cordial, y poder conversar así con amabilidad.

En casa decidimos acostarnos enseguida.

—¿Oyes? —dijo mi mujer; presté atención, se escuchaba todavía chirriar el vaporizador del señor Reginaudo. Mi mujer fue al fregadero a buscar un vaso de agua.

—Tráeme también uno a mí —le dije mientras me quitaba la camisa.

—¡Ah! —gritó—, ¡ven! —Había visto las hormigas en el grifo y la fila que bajaba por la pared.

Encendimos la luz, una lamparita sola para las dos habitaciones, y las hormigas formaban una fila apretada que cruzaba la pared y llegaba al marco de la puerta y quién sabe de dónde venían. Nos quedaron las manos cubiertas y las teníamos abiertas delante de los ojos tratando de ver bien cómo eran esas hormigas, y girando continuamente las muñecas para que no bajaran por los brazos. Eran hormigas minúsculas e impalpables que se movían sin pausa como impulsadas por la misma picazón sutil que provocaban. Sólo entonces me vino a la memoria el nombre: las «hormigas argentinas», mejor aún: «la hormiga argentina», la llamaban así, seguramente ya había oído decir que éste era un lugar donde había «la hormiga argentina», y sólo ahora sabía cuál era la sensación que iba unida a esa expresión: ese cosquilleo molesto que se difundía en todas direcciones y que ni siquiera cerrando la mano en un puño o frotando una mano con otra se conseguía detener del todo,

porque siempre quedaba alguna hormiga desbandada que corría por el brazo o por la ropa. Al aplastarlas, las hormigas se convertían en puntitos negros que caían como arena, y en los dedos quedaba aquel olorcito de hormiga, ácido y punzante.

—Es la hormiga argentina, sabes... —le dije a mi mujer —, viene de América... —Había adoptado a pesar mío el tono de cuando quería enseñarle algo y me arrepentí enseguida porque sabía que ella no soportaba ese tono en mí y reaccionaba bruscamente, tal vez porque creía que lo adoptaba cuando no estaba demasiado seguro de mí mismo.

En cambio me dio casi la impresión de que no me había oído: presa de la furia de destruir o dispersar la fila de hormigas en la pared, pasaba la mano de canto y lo único que conseguía es que se le subieran y se desparramaran otras alrededor, y entonces ponía la mano bajo el grifo, y trataba de salpicarlas con el chorro, pero las hormigas seguían andando sobre la superficie húmeda y ni siquiera mojándose las manos conseguía despegárselas.

—¡Ahora tenemos las hormigas en casa! —repetía—. ¡Así que ya estaban y no las habíamos visto! —Como si de haberlas visto antes las cosas hubieran cambiado mucho.

Le dije:

—¡Vamos, vamos, por dos miserables hormigas! ¡Ahora vayamos a dormir y mañana veremos! —Y me pareció bien añadir—: ¡Vamos, vamos, por dos hormigas argentinas! — Porque llamándolas por el nombre preciso que se les daba en el lugar, quería dar la impresión de que eran algo ya sucedido y en cierto sentido natural.

Pero el aire de distensión de mi mujer mientras recorríamos el terreno había desaparecido: ahora desconfiaba de todo y tenía la cara tensa como de costumbre. Y el irnos a dormir por primera vez en la casa nueva no fue como yo lo había esperado: para consolarnos no teníamos el alivio de empezar otra vida sino la rutina de seguir adelante con



nuevos inconvenientes. «Todo por dos miserables hormigas», era lo que yo pensaba; es decir, lo que pensaba que pensaba, pero tal vez también para mí era completamente diferente.

La fatiga era más fuerte que la agitación y dormimos. Pero en plena noche el niño empezó a llorar, y los dos, sin salir de la cama (esperando siempre que en cierto momento se calmara y volviera a dormirse, cosa que en realidad no sucedía nunca), nos preguntábamos: «¿Qué tendrá? ¿Qué tendrá?». Desde que se había curado no lloraba por la noche.

—¡Tiene hormigas! —gritó mi mujer que se había levantado para mecerlo.

Salté yo también de la cama, volcamos la cesta, lo desnudamos y para poder quitarle las hormigas, medio ciegos de sueño como estábamos, había que ponerlo debajo de la lamparita, en plena corriente de aire que venía de la puerta, y mi mujer decía:

—Ahora se resfría —y darle vueltas, con aquella piel que enrojecía apenas se la rozaba, daba pena. Una hilera de hormigas avanzaba por la consola. Miramos las sabanitas hasta que no quedó ni una y decíamos: «¿Dónde lo ponemos ahora a dormir?». En nuestra cama, donde estábamos tan apretados, lo aplastaríamos. Miré bien la cómoda, las hormigas no habían llegado; la separé de la pared, abrí un cajón y lo preparé para que el niño pudiera dormir. Cuando lo acostamos ya estaba dormido. No teníamos más que tumbarnos en la cama y reanudaríamos el sueño enseguida, pero mi mujer quiso mirar las provisiones.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Dios mío! ¡Está lleno! ¡Negro de hormigas! ¡Auxilio!

¿Qué se podía hacer? La tomé de los hombros:

—Ven, lo pensaremos mañana, ahora no se ve nada, mañana lo arreglamos todo, ponemos todo en orden, ven a dormir.

—¿Y las provisiones? ¡Se echarán a perder!

—¡Al diablo con ellas! ¿Qué quieres hacer ahora? Mañana destruimos el hormiguero, cálmate.

Pero en la cama no conseguíamos tranquilizarnos, con la idea de aquellos bichos en todas partes, en los comestibles, en la vajilla, tal vez estaban subiendo otra vez desde el pavimento por las patas de la cómoda para llegar hasta el niño...

Nos dormimos cuando cantaban los gallos; y no pasó mucho rato antes de que empezáramos a movernos y a rascarnos porque teníamos la impresión de que había hormigas en la cama; tal vez habían subido, tal vez nos habían quedado encima después de la gran operación de la noche. Y así ni siquiera las primeras horas de la mañana fueron reparadoras, y nos levantamos temprano apremiados por la idea de las cosas que teníamos que hacer y también por la mortificación de tener que empezar enseguida a luchar con aquel angustioso, imperceptible enemigo que se había adueñado de nuestra casa.

Lo primero para mi mujer fue ocuparse del niño: ver si aquellos bichos lo habían mordido (por suerte no parecía), vestirlo, darle de comer, todo esto moviéndose en la casa invadida de hormigas. Yo sabía el esfuerzo que debía hacer para no lanzar un grito cada vez que veía, en las tazas que habían quedado en el fregadero, por ejemplo, las hormigas alrededor del borde, y en el babero del niño, y en la fruta. Pero no pudo por menos que gritar, al destapar la leche:

—¡Está negra! —Había un velo de hormigas ahogadas o nadando.

—Es sólo la superficie —dije—, se quita con una cucharita. —Pero nos pareció que el sabor había quedado y no la bebimos.

Yo seguía las filas de hormigas por las paredes para ver de dónde venían. Mi mujer se peinaba y se vestía con pequeños estallidos de cólera que reprimía enseguida.

—¡No podemos poner los muebles en su sitio mientras no hayamos terminado con las hormigas! —decía.

—Calma. Ya verás que todo se arregla. Ahora voy a ver al señor Reginaudo que tiene esos polvos y le pido un poco. Lo ponemos en la boca del hormiguero, ya he visto dónde está, y enseguida acabamos con ellas. Pero espere-mos hasta un poco más tarde porque a esta hora en casa de la familia Reginaudo podríamos molestar.

Mi mujer se calmó un poco, pero yo no: que había visto la boca del hormiguero se lo había dicho para consolarla, pero cuanto más miraba más descubría las muchas direcciones en que las hormigas iban y venían, y cómo nuestra casa, en apariencia lisa y homogénea como un dado, era en cambio porosa y estaba toda surcada de fisuras y grietas.

Para darme ánimo me detuve en el umbral a mirar las plantas que con el sol que en ese momento las bañaba y el rastrojo que infestaba el terreno me pareció alegre, porque daba ganas de ponerse a trabajar: limpiar todo de verdad, zapar y comenzar a sembrar y a trasplantar.

—Ven —dije a mi hijo—, que aquí te vas a enmohecer. —Lo tomé en brazos y salí al «jardín», más aún, por el placer de iniciar la costumbre de llamar así aquel trozo de tierra, dije a mi mujer—: Salgo un momento con el niño al jardín —y me corregí—: A nuestro jardín —que era más posesivo y familiar.

El niño estaba contento al sol, y yo le decía:

—Éste es un algarrobo, éste es un árbol de caquis —y lo levantaba hasta las ramas—: Ahora papá te enseña a treparte.

Se echó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —Pero vi las hormigas; el árbol gomoso estaba enteramente cubierto.

Aparté al niño enseguida.

—Uh, cuántas hormiguitas... —le decía, pero estaba preocupado.

Seguí las filas de hormigas por el tronco, me di cuenta de que aquel bullir silencioso y casi invisible seguía en el

suelo, en todas direcciones, entre los hierbajos. Pensé: ¿cómo haremos para sacar las hormigas de casa? Sobre aquel pedazo de tierra —que ayer me había parecido tan pequeño, pero que ahora, viéndolo en relación con las hormigas, lo encontraba grandísimo— se extendía un velo ininterrumpido de insectos que brotaban de miles de hormigueros subterráneos y se alimentaban de la naturaleza pegajosa, dulzona del suelo y de la vegetación baja; y dondequiera que mirase —aunque a primera vista no viese nada y eso ya fuera un alivio—, aguzando la mirada veía acercarse una hormiga y descubría que formaba parte de un largo cortejo y que se encontraba con otras, llevando a menudo briznas o minúsculos fragmentos de materia pero siempre más grandes que ellas, y en ciertos lugares donde —pensé— se había agrumado el jugo de alguna planta o el resto de algún animal, había una corona de hormigas aglomeradas, casi pegadas como la costra de una pequeña herida.

Volví junto a mi mujer con el niño al cuello, casi corriendo sintiendo las hormigas que me subían por mis pies. Y ella:

—Ya has hecho llorar al niño ¿qué le pasa?

—Nada, nada —contesté enseguida—, vio dos hormigas en un árbol, y está todavía bajo la impresión de anoche y le parece que siente la picazón.

—¡Oh, qué cruz, era lo único que faltaba! —exclamó mi mujer. Iba siguiendo una fila de hormigas en la pared y trataba de matarlas aplastándolas una por una con los dedos.

Yo continuaba viendo los millones de hormigas que nos rodeaban en aquel terreno que ahora parecía interminable, y arremetí contra ella:

—¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Esto no sirve de nada!

Mi mujer estalló con rabia:

—¡Pero el tío Augusto! ¡El tío Augusto que no nos dijo nada! ¡Y nosotros como dos estúpidos! ¡Hacerle caso a ese mentiroso!

Pero ¿qué hubiera podido decir el tío Augusto? La palabra «hormigas» para nosotros, en aquel momento, no podía expresar la angustia que sentíamos frente a esta situación. Si nos hubiera hablado de hormigas como tal vez —no puedo excluirlo— lo había hecho alguna vez, hubiésemos pensado que nos encontraríamos con un enemigo concreto, medible, con un cuerpo, un peso. En realidad, si ahora trataba de recordar las hormigas de los lugares de donde veníamos, las veía como bichos respetables, criaturas de esas que se pueden tocar, apartar, como los gatos, los conejos. Aquí nos enfrentábamos con un enemigo como la niebla o la arena, contra el cual no hay fuerza que valga.

Nuestro vecino, el señor Reginaudo, estaba en la cocina trasvasando un líquido con un embudo. Yo lo había llamado desde afuera y después me acerqué a la puerta ventana de la cocina jadeando.

—¡Ah, nuestro vecino! —exclamó Reginaudo—, ¡pase, señor, pase! ¡Disculpe, yo siempre con estos mejunjes! ¡Claudia, una silla para nuestro vecino!

Sin perder tiempo:

—He venido, disculpe la molestia, pero vi que tenía usted de esos polvos, sabe, nosotros toda la noche, las hormigas...

—¡Ja, ja, ja! ¡Las hormigas! —dijo entre carcajadas la señora Reginaudo al entrar, y el marido, con un pequeño retraso, me pareció, pero con una impetuosidad más ruidosa, le hizo eco:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ellos también, las hormigas! ¡Ah, ah, ah!

A pesar mío intenté una modesta sonrisa, como obligado por la comicidad de mi situación, pero sin poder hacer nada, cosa que justamente correspondía a la verdad, tanto que había ido a verlo para pedirle ayuda.

—¡A quién se lo dice, las hormigas, estimado vecino! —exclamaba alzando las manos el señor Reginaudo.

—¡A quién se lo dice, señor, a quién se lo dice! —repetía como un eco su mujer llevándose las manos juntas al pecho, pero siempre, como el marido, riendo.

—Bueno... me pareció... ¿no tendrían ustedes un remedio? —pregunté, y el temblor de mi voz podía quizá tomarse por ganas de reír y no por la desesperación que iba invadiéndome.

—¡Un remedio, ja, ja, ja! —Reían a más no poder los Reginaudo—. ¿Si tenemos un remedio? ¡Veinte, cien remedios tenemos! ¡Y cada uno, ja, ja, ja, mejor que el otro!

Me habían llevado a otra habitación, donde había sobre los muebles decenas de cajas de cartón y de latas con etiquetas chillonas.

—¿Quiere el Profosfán? ¿Quiere el Mirminec? ¿O el Tio-broflit? ¿El Arsopán en polvo o mezclado? —Y se pasaban de mano en mano pulverizadores de émbolo, brochas, fuelles, levantaban nubes de polvos amarillentos y de gotitas minúsculas, y una mescolanza de olores de farmacia y de cooperativa agraria, siempre riendo a carcajadas.

—¿Y hay algo que realmente sirva? —pregunté.

Dejaron de reír.

—No, nada —contestaron.

El señor Reginaudo me palmeó el hombro, la señora abrió las persianas y entró el sol. Después me hicieron visitar la casa.

El señor Reginaudo llevaba unos pantalones de pijama de rayas rosadas atado a la pequeña barriga obesa, una camiseta y el sombrero de paja en la cabeza calva. Ella usaba una bata desteñida que descubría de vez en cuando los tirantes de la combinación; el pelo que encuadraba la ancha cara roja era rubio, como estopa y mal rizado. Los dos eran ruidosos y expansivos; cada rincón de la casa tenía una historia, y me la contaban robándose las frases el uno al otro y haciendo gestos, lanzando exclamaciones, como si cada episodio fuera una comedia irresistible. En cierto sitio habían aplicado Arfanax al dos por mil y las hormigas se ha-

bían alejado durante dos días, pero al tercero volvieron, y entonces él había concentrado la solución al diez por mil, pero las hormigas en vez de pasar por allí daban la vuelta por la cornisa; en otro sitio habían aislado una esquina con polvos de Crisotán, pero el viento los barría y se necesitaban tres kilos por día; en un peldaño habían probado el Pectocid que al parecer las mataba de inmediato y en cambio sólo las dormía; en un rincón habían aplicado el Formikill y las hormigas seguían pasando, pero por la mañana habían encontrado un ratón envenenado; en un punto donde él había aplicado el Zimofosf, líquido que constituía una barrera segura, su mujer había echado encima el Italmac en polvo que servía de antídoto y había anulado el efecto.

Nuestros vecinos usaban la casa y el jardín como un campo de batalla, y su pasión era trazar líneas más allá de las cuales las hormigas no debían pasar, y descubrir las nuevas vueltas que daban, y probar nuevas mescolanzas y nuevos polvos, cada uno vinculado en el recuerdo con episodios que ya habían sucedido, con combinaciones cómicas, de modo que les bastaba pronunciar un nombre: «¡Arsepit!» «¡Mirxidol!» para echarse a reír, lanzando guiños y frases alusivas. Parecería que hubieran renunciado a matar las hormigas —si alguna vez lo habían intentado—, dado que las tentativas eran inútiles; sólo trataban de cerrarles algunos pasos, de desviarlas, asustarlas o vigilarlas: lo que hacían era preparar cada día un nuevo laberinto, dibujado con sustancias diferentes, un juego en el que las hormigas eran un elemento necesario.

—Con estos bichos no hay nada que hacer, no hay nada que hacer —decían—, a menos de imitar al capitán...

»Eh, sí, nosotros gastamos mucho —decían— en estos insecticidas... El del capitán, claro, es un sistema más económico...

»Naturalmente, no podemos decir que hayamos vencido a la hormiga argentina —dijeron—, pero ¿usted cree que el capitán está en la buena vía? Tengo mis dudas...